VARIACIONES SOBRE UN LUGAR COMÚN. 1941

Posted on 04/08/2020 by Redacción

Fecha:1941

Referencias Bibliográficas:

Romero, José Luis. "Variaciones sobre un lugar común". En *Argentina Libre*, nº 72 , Buenos Aires, 24 de julio de 1941.



NO DEBEN GOZAR DE LA LIBERTAD QUIENES CONSPIRAN CONTRA LA LIBERTAD

★ ☆ ★

Argentina libre

"NINGUN ARGENTINO, NI EBRIO NI DORMIDO, DEBE ATENTAR CONTRA LA LIBERTAD DE SU PATRIA." — (Mariano Moreno)

Año I. — No 12. — Av. de Mayo 1370 . U. T. 37 - 1371 — Aparece los jueves. — 10 centavos. — 24 julio 1941

Totalitarismo Pudoroso

por Mario Bravo

NUNCA fué el Concejo Deliberante una creación grata a las fuerzas políticas reaccionarias. Menos aun el Concejo Deliberante elegido por el sufragio universal de los argentinos y con derecho a serlo también por el de la inmensa mayoría de los extranjeros. Desde luego que en la formación de semejante criterio han actuado a medida del tiempo factores diversos. En un principio la oposición se fundaba en que la administración municipal no es política. Nada tienen que hacer los partidos. Ni el pueblo. Basta una corta comisión de buenos vecinos. Para arreglar el alumbrado a kerosene, el barrido a escoba y la extracción de basura, no hacía falta otra cosa que buena voluntad. Así se dijo cuando Roca reinstaló, en su primera presidencia, un concejo electivo que no pudo resistir el embate de los intereses electorales en juego y duró poco tiempo.

Las tendencias reaccionarias enemigas del sufragio universal, transaron con un concejo elegido por los votantes afiliados y por los que pagaban patente de perro o casas de prostitución. Era una honorable. El concejo debía ser lo que su origen. Servir para cuidar los intereses de los propietarios, favorecer con una inexplicable política de clase los intereses de cierta parte de la ciudad y multiplicar la prostitución, llenando de paso, los cofres políticos de elementos de corrupción y venalidad. De allí nació una proliferación increíble de concesionarios y negociantes, que fueron los dueños de la ciudad, en todos sus aspectos.

Y por último, acabó completando esa opinión reaccionaria que la institución fuera ocupada por vecinos, temperamento de instituto de beneficencia que consistió por degenerar en una escandalosa colección al verso y caer, sin freno, en la venalidad y el escándalo.

Con la ley de Sáenz Peña, y la política de buenas costumbres que el presidente ilustre trató de poner en práctica, era anacrónico un cuerpo municipal impopular en todos los sentidos. Aparecía en el juego del conjunto institucional de la República, como una inexplicable deformación que no justificaba en la doctrina porque la Constitución dice que el Presidente es jefe de la Capital y le dijo en tiempos en que, para su propia reputación, apareció el sufragio universal por ley del Congreso con dentro de la zona de jurisdicción exclusiva del gobierno federal.

Vino la ley de creación del Concejo Deliberante electivo, por sufragio universal de argentinos y extranjeros y representación proporcional, creación imposible en el desarrollo democrático argentino, para servir las exigencias crecientes de una ciudad que hacía buen rato había dejado de ser aldea y hacía también y se propuso su eliminación, como un instrumento de influencia indebida que ya no puede emplearse. Aquí investigan y mandan gente a la cárcel. Hay que suprimir el Concejo.

En este el único caso en la historia de la corrupción en que hay gente en la cárcel. ¿Quién conoce un ladrón público procesado y condenado en este país norteamericano? Nadie. Pues no lo conoció Uriburu, que a poco de empezar a gobernar de facto, se propuso la tarea de encontrar los ladrones públicos de Irigoyen. Sus opiniones trabajaron menos. No hay nadie condenado. Pero existe la convicción de que el poncho existía. Al contrario, algunos de los estentóreos de Uriburu, que le rociaron para la campaña contra los ladrones, serán hoy, por obra de factores ajenos a la voluntad de los purificadores, señalados en investigaciones y pruebas como beneficiarios de su propia inconducta.

En los Estados Unidos, hubo una peste larga de negociados, corrupciones, crímenes, escándalos de toda clase. Allí fueron a la cárcel los ladrones, no todos probablemente, pero fueron muchos. Y a nadie se le ocurrió suprimir las municipalidades americanas que, a pesar de eso, han dado para la vida de la democracia y la formación de un nuevo y admirable derecho social, un aporte considerable.

Porque han aparecido hombres culpables de delitos o de encubrimiento delictual, ¿se va a suprimir el Concejo? El pretexto es absurdo. La ocasión es aprovechada por la reacción, hoy como ayer. Con esta diferencia. Ayer, carecía de significación. Hoy la tiene, porque forma parte de la guerra, no sólo contra el Concejo, sino contra todo lo que sea democrático. Esa es la verdad. Pero el remedio no es aceptarla a medias. Hay que estimular al Concejo y a la Justicia. Acaso haya comenzado en este país la guerra efectiva contra los ladrones públicos. Pero no hagamos pedazos la caja de fierro porque existe la garantía, si echamos abajo al Concejo porque hayan aparecido en su seno los beneficiarios de sus propios delitos, acaso no se nos ocurriría demoler la catedral so pretexto de la apocada y nociva profanación de un ratón por algún desprevenido feligrés.

La V que terminará con el nazismo — Por CLEMENT MORGAN.

LAS DEMOCRACIAS TIENEN QUE AYUDARSE MUTUAMENTE

por Enrique F. Mihura

(Especial de Alfredo de la Guardia)

ENTRE Ríos, tierra de gentes fervorosas por la libertad o por el arte, ditado suelo abrazado por el agua y por el espíritu de sus hombres siempre fiebre, tiene hoy a su frente a un gobernante que había con invariable sencillez y con claridad cristalina. El doctor Enrique F. Mihura no parece haber vacilado nunca en la exposición nítida de sus ideas. Y eso en todo momento, lo cual avalora el cargo. En la juventud, en las horas nerviosas de lucha política, y ahora en la madurez con la responsabilidad del gobierno, ha dicho siempre su pensamiento con extraordinaria frecuencia. La hizo así hace más de diez años, en época de revuelta interna para su partido. Lo hizo un lustro atrás, cuando fué gestor de la unificación radical en la provincia. Cuando fué candidato a gobernador — "hablaré con Ramos"; manifestó a cada instante —. Cuando, ya en el ejercicio de la administración pública, separó la demagogia de la demagogia, sus actos han respondido a sus palabras, actos también de una energía efectiva y clara.

Con esa modo suyo con habla el gobernador de Entre Ríos en una conversación que mantuvimos con él, en su visita a Buenos Aires.

— No sé si mi gobierno fué el primero — declara, respondiendo directamente a nuestra pregunta inicial — en adoptar medidas eficaces contra la infiltración de las ideas totalitarias, contra el manejo turbio y solapado de los elementos rebeldes que desean imponer en nuestro país un régimen despótico extraño a nuestra idiosincrasia y a nuestros ideales. Si sé que, desde 1930, poco después de asumir el mando, advertí a estallar con grave problema, decidido a resolverlo dentro de mi jurisdicción. Se desarrollaban en Entre Ríos actividades subversivas bajo muy diversos pretextos. El primero, el más reservado, era el de la reivindicación de las Malvinas. De pronto, surgieron unos ardientes patriotas que ya no podían vivir ni un momento más sin reintegrar aquellas islas a la Nación. Después, la agitación se mantenía con motivos raros y confusos. Los mismos elementos que aborrecían a la democracia se inquietaban por la democracia del presidente Ortiz en resguardar el mando. Se encerraban el resentimiento antiyrigoyenista para provocar desórdenes perennes. En algunos pueblos del interior de la provincia la agitación se prolongaba, se mantenía viva artificialmente con los más sucios designios. Mi gobierno acordó adoptar medidas claras y expeditivas. Prohibió la propaganda extremista y sujetó a quienes la realizaban. De esta manera cortó la agitación y serenó la inquietud. Tales resoluciones respondían a ideas mías, bien definidas por cierto. Las expuse otra vez, y muy sencillamente, al inaugurar, hace unos días, el período ordinario de sesiones de la Legislatura entrerriana:

"No acepto para ningún proyecto — declaré — así se incorpore textos legales expresos, que se trabaje abierta o encubiertamente contra la libertad, la independencia, el decoro y la tranquilidad del pueblo de la provincia. Y reclamo, en nombre de la civilización y el patriotismo — y si es necesario en nombre de la cultura civil y las tradiciones de Entre Ríos — la solidaridad institucional de los demás poderes del Estado, en el cumplimiento superior de salvar a cualquier precio la integridad del régimen representativo republicano.

"Para los partidos de esencia democrática todas las libertades, todas las garantías que acuerda la Constitución. Pero las agrupaciones que persiguen fines contrarios al espíritu argentino, las que

presentaciones públicas, eliminando la obstrucción interesada, sistemática y recíproca de los partidos políticos. Hay que demostrar que el libre examen democrático no es una rémora para el progreso del país y hay que perseguir a los agentes venales de la barbarie que intenta entronizarse en la patria, cuidando a los enfermos de la tremenda alteración de error que podemos ser más fáciles bajo el yugo del absolutismo y la esclavitud.

"Se dice — continúa diciendo el doctor Enrique F. Mihura — que en Italia propiciar una reforma de la Constitución. En Italia, efectivamente, atentándose a las normas dictadas por la Constitución misma. Pero no es este el momento de pensar en la reforma de nuestras instituciones, sino el de fortalecerlas. Nuestro país no está fuera del planeta y recibe, como es lógico, influencias de todas partes. ¿Es que los argentinos van a modificar su régimen de gobierno bajo el agitado y grave influjo de los extraños? No. Cuando se restablezca la paz en el mundo y el país goce, como consecuencia de ello, de tranquilidad absoluta, podrá pensarse seriamente si conviene modificar nuestras instituciones. Somos, únicamente, los argentinos, libres de toda presión, libres de toda influencia, quienes podemos tratar los importantes problemas.

— ¿Cree usted, doctor Mihura, que las provincias deben colaborar de algún modo con la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados?

— Por el momento, yo no estoy en condiciones de realizar una colaboración de ese carácter. Espero, sin embargo, aportar pronto elementos de juicio, que sean interesantes para esa comisión parlamentaria. La investigación ha de ser profunda y minuciosa y de la mayor eficacia. Deben estudiar con detenimiento los investigadores la propaganda totalitaria que se realiza en los centros de enseñanza, sobre todo de la enseñanza secundaria. Se utiliza ampliamente la cátedra para exponer teorías disolventes, para sembrar un descreimiento en el régimen democrático. El propósito de difundirlo cielo que mueve esas actividades, impostado desde afuera, no se detiene ante nada ni ante nadie y ha llegado al colmo de ensayar el vilipendio de próceres fundadores y populares de la nacionalidad. Para apreciarlo en toda la magnitud de su ignominia, basta observar que ha debido intentar la reivindicación de los execrados, porque entre los glorificados por el pueblo argentino no ha encontrado uno solo que se adapte a la "crítica" de Jaspe protervo "revisionista".

— ¿No cree usted, señor gobernador, que las provincias pueden, en cierta manera, hacer oír su opinión en lo que respecta a la política internacional?

— Sí, por medio de sus representantes en las Cámaras. En otra forma, no es posible.

— ¿Considera usted que esa política debe ser de estrecha cooperación con los Estados Unidos y con los demás países del continente?

— Por supuesto. Debemos contribuir a afianzar la unidad americana. Si los acontecimientos nos toman descuidados, ya sabemos lo que puede ocurrir. Tenemos bastantes ejemplos de naciones confiadas

Variaciones sobre un lugar común

Acaso sea solamente la imposibilidad notoria de poseer las fuentes primeras para su conocimien¬to lo que explique –para el historiador– la dificultad para alcanzar una comprensión rigurosa y objetiva de la realidad de su tiempo. En rigor, sólo la realidad ya pasada ofrece –completos– los elementos

de juicio necesarios para entrar a fondo en el secreto de su trama y alcanzar a descubrir su línea de desarrollo; el presente ciega sus fuentes por las preocupaciones de la vida en curso de desarrollo y apenas cabe sobre él otra cosa que la opinión, tanto para el observador intrascendente como para el historiador meticuloso. Pero si, consciente de esta limitación metodológica, el historiador se abstiene de todo intento apresurado, y se limita a determinar las líneas generales de su desenvolvimiento, el hombre que vive apremiado por el misterio cotidiano, procura satisfacerse con soluciones claras y categóricas. Existe, en efecto, un realismo ingenuo histórico que tiende a descubrir esquemas simples en la realidad contemporánea expresados, generalmente, en contraposiciones de opuestos; pero cuando esta reflexión se lleva a la totalidad de la vida histórica, el simplismo continúa; se expresa entonces en algunas fórmulas dogmáticas sobre su naturaleza y contenido, sobre las que resulta provechoso meditar; son reflexiones un poco sanchescas sobre situaciones reales, tales como la situación del pobre frente al rico o, más generales referidas a posiciones extremas de optimismo o de pesimismo. Pero alguna vez, el realismo ingenuo –ingenuo y sabio, pero no por sabio menos ingenuo–, arriesga una total comprensión de lo histórico: nada menos que esto hay en el lugar común de que la historia se repite.

La sentencia es simple y profunda, esto es, es susceptible de ser repetida por quien practica un total realismo ingenuo histórico y por quien cree estar al cabo de la calle y por quien, en otros dominios, lo está realmente; parece, en efecto, participar de la sabiduría acumulada por las generaciones y expresada después –*more geométrico*– por labios anónimos. Por estos méritos y por el mérito supremo de que parece ahorrar el trabajo de reflexionar sobre cada individualidad histórica, la sentencia está en la base de la explicación que el hombre corriente se da sobre la realidad histórico-social que lo circunda. Vale, pues, la pena, meditar sobre su error y su verdad.

Comparados entre sí dos procesos históricos anacrónicos, el observador poco exigente o el polemista fácil encuentran múltiples puntos de contacto; la semejanza aparente existe y parece lícito deducir de aquella analogía superficial las identidades de fondo: todas las guerras –se dice, por ejemplo–, empiezan y terminan, y de todas resulta una nueva o renovada distribución del poderío; guiado por esta experiencia fácil, apoyada en otro axioma sobre el que parecía haber consenso unánime, el de que nada hay nuevo bajo el sol, el realismo ingenuo histórico afirma que los procesos se desenvuelven según vías conocidas y que, inevitablemente, la resolución de los nuevos se ajustará a los principios ya conocidos.

En cuanto al error de la actitud, fácil es discriminarlo: parte de una concepción radical del destino humano, sea de tipo optimista o de tipo pesimista; "todo encuentra solución al fin", parece decir el primero, en tanto que el segundo afirma: "nada es posible contra la constitutiva infelicidad humana". Este simplismo se apoya en un error inicial: suponer que es lícito comparar los complejos históricos sin discriminar su significación, por el solo hecho de que son susceptibles de una designación común: nación, partido, caudillo, masa popular, intereses económicos, etc. El error de esta concepción espontánea parece adquirir solidez cuando se compara –ahora en un plano

especulativo– la vida histórica con la vida de la naturaleza: una importante corriente de pensamiento de lejano y noble abolengo, cree percibir en la vida histórica una estructura susceptible de ser expresada en leyes universales: el realismo ingenuo y cierta corriente de pensamiento especulativo, pues, parecen respaldar esta convicción de que la historia se repite.

Pero si aquel error invalida la doctrina implícita en la máxima en cuestión como totalidad, lo que hay en ella de experiencia auténtica la salva en alguna medida; la historia no se repite: pero hay en ella algo que se repite: he aquí la verdad de la máxima.

Es innegable que la diversidad de lo histórico no es infinita, sino que se encierra dentro de los límites de la constante humana; en otros términos: el hombre, protagonista de la historia, no actúa como un complejo unitario y permanentemente igual a sí mismo; como ser histórico, actúa según ciertas notas predominantes del ser individual o de la comunidad en que se estructura; estas notas no son infinitas, sino que constituyen un repertorio más o menos reducido de direcciones en las cuales el hombre cree poder realizar su destino, tanto individual como social; la libérrima elección entre estas posibilidades hace del hombre un ser histórico; pero su libertad no va más allá de esa elección dentro de ese repertorio impuesto por su esencia radical: la constante humana.

Este limitado repertorio de posibilidades que el hombre posee, no excluye su eventual ampliación: lo que el hombre ha hecho no es todo lo que el hombre es capaz de hacer y a cada nueva dirección en la conducta individual o social que descubre, corresponde una mutación fundamental en el curso de la vida histórica; pero, entretanto, el hombre sigue eligiendo, dentro del repertorio ya ejercitado y aun al servicio de las nuevas –y escasas– posibilidades afirmadas cada cierto tiempo, se ejercitan las experiencias ya una vez desarrolladas: hay en la historia mucho de vino viejo en odres nuevos

El hombre repite, pues, cierta conducta, ciertas formas esquemáticas de soluciones, ciertas reacciones ante las cosas: pero el hombre en cuanto ser histórico es ante todo una conciencia evocadora: vive atado a su historia y aun cuando cree repetir el esquema de una conducta crea ya algo nuevo en ella. Pero, además, si las actitudes humanas se eligen entre un número limitado de formas, las situaciones que crea la historia son imprevistas y pueden ser radicalmente nuevas: frente a ellas, el hombre puede repetir una actitud, ya ejercitada, pero el proceso que se desencadena entonces es radicalmente nuevo: esto es lo que, aunque eventualmente pueda repetirse, no es de ninguna manera forzoso que se repita.

La evidencia de que algo hay en la historia que se repite –el repertorio de posibilidades de la conducta histórica– es lo que inspiró una definición, ésta de autor notorio: "La historia, maestra de la vida". Esta misión pedagógica de la historia se ha afirmado tanto que sólo su comprensión subalterna ha podido producir su olvido. Nada puede imitarse servilmente en la vida histórica ni repetirse ajustadamente; pero producir esta utilidad inmediata y mecánica no podría ser función de la noble y vieja ciencia de Heródoto; maestra debía ser –y seguir siéndolo–, como era maestro

Sócrates, porque es capaz de enseñar a pensar históricamente y de descubrir al hombre lo que posee sin saber que lo posee.

Es un hecho no por repetido menos exacto que nunca se ha leído menos historia que en nuestro tiempo; últimamente, el auge de la biografía ha corregido esta falla fundamental del hombre de estos días obscuros, que comporta –digámoslo con frase de Croce– una actitud bárbara. Pero el olvido no está, ni con mucho, corregido. Habrá que volver a la historia con más ahínco, con más dramática comprensión de lo que nos une al pasado. Acaso quepa preguntarse: ¿Qué se encontrará en ella? Seguramente la afirmación de lo que ya se cree, no porque su indagación no proporcione frutos objetivos, sino porque lo que el hombre cree es, a su vez, producto de la historia. Pero de seguro encontrará también la prueba de lo que no cree, o, por lo menos, los elementos para comprenderlo. Con ello la historia completa el panorama de la vida histórica, irreductible a todos los simplismos y rico en experiencias capaces de incitar a una indagación más rica de la conducta histórica y a una seguridad más firme acerca de la posibilidad de encontrar en ella esquemas formales susceptibles de guiar una interpretación del presente, siquiera en sus líneas más generales. Acaso incite también al argentino a tener presente la responsabilidad que implica el tener hoy entre las manos el destino de la cultura occidental, y a temer el ries¬go de naufragar en el seno de un mundo que no acierta a explicarse: acaso este temor cambiara la culpable indiferencia del argentino.